

Cuando San Pablo “reza su credo” ante los romanos –para que le reciban bien en su próxima visita camino de España (Rm 15,24)-, el primer artículo que recita es que Jesús nació “del linaje de David, según la carne” (Rm 1,3). Fue un título jesuano muy presente en las primeras confesiones de fe cristianas. También hoy se nos invita a una lectura correcta del Antiguo Testamento, viendo en él la profecía del Nuevo, y al Nuevo proyectando una luz que descifre los “misterios” del Antiguo; a la luz de Jesús, que es el gran “elegido” del Padre (cf. Lc 9,35; 23,35), la figura de David resulta menos enigmática: es el predecesor del definitivo Rey de los creyentes, que será también el “ungido” por antonomasia (ese es el significado de “cristo”); la hermosura de David y la sensibilidad de su corazón –en el que Dios se fija- preludian lo que será Jesús.

Este Rey de los cristianos no es como los reyes paganos, que “explotan a sus súbditos y se hacen llamar bienhechores” (Lc 22,25); estar con Jesús implica siempre una experiencia de libertad, dejar atrás toda opresión; Jesús descarga y desata, alivia y siembra vida. En el pasaje evangélico de hoy le encontramos liberando a los suyos del literalismo de la ley y estableciendo una jerarquía entre sus preceptos. La casuística judía había llegado en aquella época a ridiculeces como ésta: en sábado está permitido recoger espigas caídas pero no arrancarlas, y en todo caso con los dedos, pero no con las manos. Jesús escruta el designio originario de Dios y ve en el sábado ante todo una fuente de vida: descanso de las fatigas cotidianas, en su tiempo realizadas no raramente bajo las órdenes de un amo explotador e inmisericorde. No se puede profanar la grandeza del proyecto de Dios convirtiéndola en rompecabezas de discusiones bizantinas o en motivo de competitividad a ver quién sabe más ética.

Ayer veíamos a Jesús dispensando a los suyos del ayuno devocional; hoy le encontramos liberando de tiranías inventadas por los “piadosos”. Él lo deja todo muy claro: los mandamientos de Dios no tienen el derecho a hacernos olvidar a Dios y su proyecto; y éste consiste ante todo en que el hombre respire aire puro y viva. Jesús lo dijo cuando llamaba a sí a los agobiados: “yo os aliviaré”.

No podemos negar la buena intención de aquellos fariseos que reconvinieron a Jesús y a sus discípulos. Pero Jesús, al contradecirlos, nos enseñó que nunca nuestra fidelidad religiosa deja de serlo si la convertimos en arma arrojada contra alguien.

Vuestro hermano en la fe
Severiano Blanco cmf